

LOS PADRES DE LA IGLESIA



San Gregorio de Nacianzo, "el Teólogo"
Fresco bizantino del Museo Kariye (Iglesia san Salvador de Chora, Estambul, Turquía).

Fascículo XXIII
Los Padres Capadocios:
San Gregorio Nacianceno

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

www.inmaculadamg.org.ar

La vida de san Gregorio Nacianceno

Gregorio de Nacianzo nació de una noble familia en la ciudad de Arianzo¹, finca campestre cercana a Nacianzo, donde su padre, que llevaba el mismo nombre que él, era obispo. Su madre Norma, cristiana fervorosa, lo consagró a Dios desde su nacimiento, que ocurrió sobre el 330. Después de la primera educación familiar, frecuentó las más célebres escuelas de la época: primero fue a Cesarea de Capadocia, donde entabló amistad con Basilio (la cual duraría toda la vida), futuro obispo de aquella ciudad, y vivió después en otras metrópolis del mundo antiguo, como Alejandría de Egipto y, sobre todo, Atenas, donde nuevamente encontró a Basilio (Cf. «Oratio 43», 14-24).

En el año 357, cuando regresa a su hogar, Gregorio recibió el bautismo y se orientó hacia la vida monástica: la soledad, la meditación filosófica y espiritual, le fascinaban, por lo que se dirige al Ponto² con su amigo Basilio. Él mismo escribirá: *“Nada me parece más grande que esto: hacer callar los propios sentidos, salir de la carne del mundo, recogerse en uno mismo, dejar de ocuparse de las cosas humanas, excepto de las estrictamente necesarias, hablar consigo mismo y con Dios, llevar una vida que trasciende las cosas visibles; llevar en el alma imágenes divinas siempre puras, sin mezcla de firmas terrenas y erróneas, ser verdaderamente un espejo inmaculado de Dios y de las cosas divinas, y serlo cada vez más, tomando luz de la luz...; gozar, en la esperanza presente, el bien futuro, y conversar con los ángeles; haber abandonado ya la tierra, aún estando en la tierra, transportados a lo alto con el espíritu.”* («Oratio 2», 7)

De carácter muy distinto al de su amigo íntimo san Basilio, Gregorio poseía un temperamento soñador, poeta, extremadamente sensible, tierno, mudable: inclinado a la soledad y al estudio. Su naturaleza débil y excesivamente sensible dará a su vida la impronta de una falta de decisión, causada por la tensión entre su anhelo de soledad y su sentido del deber. Su vida se desarrolla en una continua tensión entre su inclinación natural y las responsabilidades que le reclaman: sea por su propia conciencia de las necesidades de la Iglesia, sea por las peticiones de sus amigos. Por eso su carrera es una sucesión de huidas y retornos.

A instancias de su padre, que pide su colaboración en la Diócesis, es ordenado presbítero en Nacianzo en la Navidad del año 361. Como nos relata en su autobiografía, recibió la ordenación presbiteral con cierta duda, porque sabía que después debería ejercer como pastor, ocuparse de los demás, de sus cosas y, por ello, no podría estar ya recogido en la meditación pura. Gregorio, sintiéndose violentado, se marcha a los pocos días y se refugia de nuevo junto a Basilio. Sin embargo, después aceptó esta vocación y asumió el ministerio pastoral en plena obediencia, aceptando, como le sucedió a menudo durante su vida, el ser llevado por la Providencia allí a donde no quisiera ir.

En el año 371 Basilio lo consagra obispo de una sede conflictiva: Sásima³, sin embargo nunca toma posesión de la misma, ya que al morir su padre en el 374, es elegido obispo de la diócesis de Nacianzo. Sin embargo, en el año 375 se retira al monasterio de Santa Tecla, en Seleucia Pieria⁴, buscando nuevamente la soledad que tanto anhelaba, donde se dedicó a la contemplación.

Al producirse la muerte del emperador arriano Valente⁵ en el año 378 y habiendo asumido el trono Teodosio⁶, Gregorio es elegido obispo de Constantinopla por su elocuencia, donde pronuncia cinco famosos sermones («Oratio» 27-31) sobre la Trinidad en una iglesia improvisada que tituló la “Anástasis” (Resurrección). En esos “Discursos Teológicos” distinguió las tres Personas por sus relaciones de origen y proclamó abiertamente la divinidad del Espíritu Santo.

En el año 380 preside el segundo concilio ecuménico de la historia en la ciudad de Constantinopla, donde presencié el triunfo de la fe Nicena así como también la de su amigo Basilio (quien ya había fallecido). Pero de pronto se desencadenó una fuerte oposición contra él, hasta que la situación se hizo insostenible. Para un alma tan sensible, estas enemistades eran insoportables. Se repetía lo que Gregorio ya había lamentado con palabras llenas de dolor: *“¡Hemos dividido a Cristo, nosotros, que tanto amábamos a Dios y a Cristo! ¡Nos hemos mentido los unos a los otros con motivo de la Verdad, hemos*

¹ Ciudad ubicada al sudoeste de Capadocia, actualmente perteneciente a Turquía.

² Era el nombre dado en la antigüedad a las vastas extensiones de tierra ubicadas al noreste de Asia Menor (la actual Turquía), las cuales bordeaban el Ponto Euxino (Mar Negro), llamado con frecuencia por los griegos simplemente Pontos.

³ Aldea pobre, escondida en una árida región de la actual Turquía.

⁴ Antigua ciudad ubicada en la región de Siria, fundada en el año 300 a.C. por el rey Seleuco I, al norte de la desembocadura del río Orontes y a los pies de las montañas Pieria.

⁵ Flavius Lulius Valens fue emperador romano desde el 364 al 378, después de que su hermano Valentiniano I le cediera la parte oriental del imperio.

⁶ Flavio Teodosio, llamado “el Grande”, fue emperador de los romanos desde el año 379 hasta su muerte, acaecida en la ciudad de Milán el 17 de Enero del año 395.

alimentado sentimientos de odio a causa del Amor, nos hemos separado el uno del otro!” («Oratio 6», 3). Se llegó así, en un clima de tensión, a su dimisión. En la concurridísima catedral Gregorio pronunció un discurso de adiós de gran efecto y dignidad (Cf. «Oratio 42»), concluyendo su dolorida intervención con estas palabras: “Adiós, gran ciudad a la que Cristo ama... Hijos míos, os lo suplico, custodiad el depósito [de la fe] que os ha sido confiado, acordaos de mis sufrimientos. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros”.



Gregorio de Nisa y Gregorio de Nacianzo
Representación en una bella miniatura de un códice que data del siglo IX.
(Biblioteca Ambrosiana, Milán, Italia)

Una vez que renunció a la sede de Constantinopla y a la presidencia del Concilio, se dirigió a Nacianzo para dedicarse al cuidado pastoral de aquella comunidad cristiana, hasta que se produjera el nombramiento de un nuevo obispo. Finalmente, cumplida su misión, en el 384 se retira definitivamente a la finca familiar ubicada en Arianzo, su tierra natal, para dedicarse a la literatura y a la vida ascética. En este periodo compuso la mayor parte de su obra poética, especialmente autobiográfica. Y en el año 390 Dios acogía entre sus brazos a este siervo fiel, que le había defendido en sus escritos con una aguda inteligencia y que le había cantado con tanto amor en sus poesías.

Este otro gran Padre Capadocio es apodado “el Teólogo” a causa de su ilustre elocuencia en los discursos doctrinales. Asimismo, fue un gran maestro de la lengua y literatura griega, un eficaz orador de la ortodoxia y un defensor de la fe cristiana. Como poeta, poseía un alma refinada y sensible.



El paralítico sanado.

El hombre a quien Jesús perdonó los pecados y luego se sanó, es el símbolo de la misericordia de Dios. La Iglesia proclama esa misericordia y la expresa a través del ministerio de la reconciliación.
(Catacumba de los santos Marcelino y Pedro, Roma, Italia)

Sus obras y teología

Reflexionando sobre la misión que Dios le había confiado, san Gregorio Nacianceno concluía: *“He sido creado para ascender hasta Dios con mis acciones”* («Oratio 14, 6 de pauperum amore»). De hecho, puso al servicio de Dios y de la Iglesia su talento de escritor y orador. Escribió numerosos discursos, homilías y panegíricos, muchas cartas y obras poéticas (¡400 poemas que contienen casi 18.000 versos!); una actividad verdaderamente prodigiosa. Había comprendido cuál era la misión que Dios le había confiado: *“Siervo de la Palabra, me adhiero al ministerio de la Palabra, que nunca me permita descuidar este bien. Yo aprecio y gozo con esta vocación, me da más alegría que todo lo demás”* («Oratio 6, 5»; Cf. también «Oratio 4, 10»).

Las mejores composiciones de Gregorio de Nacianzo son sus 45 «Discursos» que se conservan. Evidentemente, son sólo una selección que se hizo poco después de su muerte. La mayor parte pertenece

al período comprendido entre los años 379 y 381, el cual fue el más importante de su vida, en momentos en que atrajo hacia su persona la atención universal siendo obispo de Constantinopla. Los discursos le daban a Gregorio mayor oportunidad para desplegar su habilidad retórica que los demás escritos. Encontramos en ellos todos los artificios de la elocuencia asiática —figuras, imágenes, antítesis, interjecciones, frases cortadas—. No hay duda de que hacía todos los esfuerzos posibles para agradar a un público que apreciaba esta clase de ingeniosidad.

Gregorio compuso sus poesías al fin de su vida, durante su retiro en Arianzo. Entre la producción poética de Gregorio se cuentan numerosos epitafios, máximas en forma de epigramas y aforismos —todos ellos, géneros en que sobresale—.

Gregorio puso muy de relieve la plena humanidad de Cristo: para redimir al hombre en su totalidad de cuerpo, alma y espíritu, Cristo asumió todos los componentes de la naturaleza humana, de lo contrario el hombre no hubiera sido salvado. Contra la herejía de Apolinar, quien aseguraba que Jesucristo no había asumido un alma racional, Gregorio afronta el problema a la luz del misterio de la salvación: *“Lo que no ha sido asumido no ha sido curado”* («Epístola 101», 32), y si Cristo no hubiera tenido *“intelecto racional, ¿cómo hubiera podido ser hombre?”* («Epístola 101», 34). Precisamente nuestro intelecto, nuestra razón, tenía necesidad de la relación, del encuentro con Dios en Cristo. Al hacerse hombre, Cristo nos dio la posibilidad de llegar a ser como Él. El nacianceno exhorta: *“Tratemos de ser como Cristo, pues también Cristo se hizo como nosotros: ser como dioses por medio de Él, pues Él mismo se hizo hombre por nosotros. Cargó con lo peor para darnos lo mejor”* («Oratio 1, 5»). Asimismo, enfatizó que Jesús no dejó de ser Dios cuando se hizo hombre, ni perdió ninguno de sus atributos divinos cuando tomó la naturaleza humana.

Gregorio nos recuerda que, como personas humanas, tenemos que ser solidarios los unos con los otros. Escribe: *“Nosotros, siendo muchos, no formamos más que un sólo cuerpo en Cristo (Cf. Romanos 12, 5), ricos y pobres, esclavos y libres, sanos y enfermos; y única es la cabeza de la que todo deriva: Jesucristo. Y como sucede con los miembros de un sólo cuerpo, cada quien se ocupa de cada uno, y todos de todos”*.

Luego, refiriéndose a los enfermos y a las personas que atraviesan dificultades, concluye: *“Esta es la única salvación para nuestra carne y nuestra alma: la caridad hacia ellos”* («Oratio 14, 8 de pauperum amore»).

Gregorio subraya que el hombre tiene que imitar la bondad y el amor de Dios y, por tanto, recomienda: *“Si estás sano y eres rico, alivia la necesidad de quien está enfermo y es pobre; si no has caído, ayuda a quien ha caído y vive en el sufrimiento; si estás contento, consuela a quien está triste; si eres afortunado, ayuda a quien ha sido mordido por la desventura. Da a Dios una prueba de reconocimiento para que seas uno de los que pueden hacer el bien, y no de los que tienen que ser ayudados... No seas sólo rico de bienes, sino de piedad; no sólo de oro, sino de virtudes, o mejor, sólo de ésta. Supera la fama de tu prójimo siendo más bueno que todos; conviértete en Dios para el desventurado, imitando la misericordia de Dios”* («Oratio 14, 26 de pauperum amore»).

Gregorio nos enseña, ante todo, la importancia y la necesidad de la oración. Afirma que *“es necesario acordarse de Dios con más frecuencia de lo que respiramos”* («Oratio 27», 4), pues la oración es el encuentro de la sed de Dios con nuestra sed. Dios tiene sed de que tengamos sed de Él (Cf. «Oratio 40», 27). En la oración, tenemos que dirigir nuestro corazón a Dios para entregarnos a Él como ofrenda que debe ser purificada y transformada. En la oración, vemos todo a la luz de Cristo, dejamos caer nuestras máscaras y nos sumergimos en la verdad y en la escucha de Dios, alimentando el fuego del amor.

Gregorio señala que María, quien dio la naturaleza humana a Cristo, es verdadera Madre de Dios (“Theotókos”: Cf. «Epístola 101», 16), y de cara a su elevadísima misión fue *“pre-purificada”* («Oratio 38», 13, presentando una especie de lejano prelude del dogma de la Inmaculada Concepción). Propone a María como modelo de los cristianos, sobre todo a las vírgenes, y como auxilio que hay que invocar en las necesidades (Cf. «Oratio 24», 11).

Reflexión del Santo Padre Benedicto XVI

Gregorio nos recuerda que, como personas humanas, debemos ser solidarios los unos con los otros, imitando la bondad y el amor de Dios.

Nos enseña ante todo la importancia y la necesidad de la oración, en la cual debemos dirigir nuestro corazón a Dios para entregarnos a Él como una ofrenda que se ha de purificar y transformar. En la oración nosotros vemos todo a la luz de Cristo, nos quitamos nuestras máscaras y nos sumergimos en la verdad y en la escucha de Dios, alimentando el fuego del amor.

“Tienes una tarea —nos dice san Gregorio también a nosotros—, la tarea de encontrar la verdadera luz, de encontrar la verdadera altura de tu vida. Y tu vida consiste en encontrarte con Dios, que tiene sed de nuestra sed.”